

te que no por esto se les tiene mayor estimacion. Solo se necesita hacerles sentir que Dios es el autor de todo bien; que nosotros no somos sino miseria y nada; que Dios pide mucho á los que mucho han recibido de él; que se ofende sensiblemente de la mas mínima negligencia suya, despues de haberlos honrado con abundantes dones; que él se resfria para con ellos, si una virtud insigne no corresponde á sus infinitos favores; que sin esto, los tales favores son como unos palacios muy adornados, que no hacen en nada mas rico al que los posee, si no están acompañados de una renta considerable.

Con el ausilio de pequeñas humillaciones que la maestra sabrá proporcionarles, y de la humildad que será el fruto de ellas, comenzará á levantar el edificio de su perfeccion. Estas hijas, estando ya dispuestas á recibir las impresiones de la gracia, adelantarán admirablemente bajo su direccion en el camino de la santidad.

son comunes con ellos. Con estas almas tiene que trabajar la maestra sobre un fondo de que el Espíritu Santo quiere hacer nna

ARTICULO CUARTO.

Cómo debe conducir la maestra á las que no tienen la felicidad de conservar la inocencia del bautismo.

Hay pocas almas, aun entre las que manifiestan el deseo de consagrarse á Dios en la vida religiosa, que hayan conservado en su integridad la inocencia del bautismo, sobre todo en el siglo en que vivimos. El Señor, que no ha desechado á Pedro y á Pablo, á pesar de sus faltas pasadas; que no ha despreciado á Magdalena, á pesar de los estravíos de su vida, sino que en consideracion del ardor de su amor le ha perdonado y colmado de gracias privilegiadas, admitiéndola á ser la primera que le contemplase despues de su resurreccion; que no ha desechado á un San Agustin á pesar de su juventud licenciosa, sino que le elevó despues de su conversion á la dignidad de príncipe de la Iglesia; Dios, en fin, que siente mas alegría en la conversion de un pecador, que á vista de la perseverancia de noventa y nueve justos; que olvida enteramente los pecados del hombre, cuando este vuelve á él de todo corazon, tampoco aleja de la sociedad de sus esposas á aquellas

delicias! ¡Ah! no permitais que una alma llena ya de vuestros bienes, pierda nunca de vista lo que ha sido, y lo que todavía es por sí misma.

cuya ropa de inocencia ha sido lavada en el baño de la penitencia, y purificada en la sangre de su Hijo.

La maestra no debe ni admirarse ni asustarse, cuando algunas de sus hijas, ensanchando su corazón con la confianza que ha sabido inspirarles, con la humildad y el deseo de su perfección, le hagan la confesión de su vida pasada. Semejante confesión es infinitamente preciosa, porque le proporciona el medio de trabajar con buen éxito en el adelanto espiritual de las que la hacen; muchas de ellas, que tienen menos confianza, no han vivido en mayor inocencia, y su poca franqueza, sin hacerlas más puras, hará más difícil la obra de su perfección.

Entre las personas que han perdido la inocencia del bautismo, se pueden distinguir dos clases, á saber: las que tienen un dolor grande y profundo de sus faltas pasadas, y las que solo tienen un dolor débil y ligero de ellas. La conducta que debe observar la maestra con estas dos clases de personas, es muy diferente.

1.º Las que tienen un dolor grande y profundo de las faltas de su vida pasada. Entre éstas es también útil hacer una distinción.

son comunes con ellos. Con estas almas tiene que trabajar la maestra sobre un fondo de que el Espíritu Santo quiere hacer una

pues de que hayan vuelto á Dios, les dará todos los preservativos posibles contra la recaída; estos preservativos son, velar más sobre sus sentidos, ser más atenta á sus movimien-

En unas, este dolor tiene por principio, dice el padre Pinamonti, el conocimiento de la bondad divina; y entonces se siente como desfallecer de un dulce y vivo pesar de haber ofendido á un Dios infinitamente amable; este es el amor penitente. En otras el dolor nace del conocimiento íntimo de los pecados, que parecen espectros tan horrorosos como los demonios; entonces el dolor no es más que amargura, hiel y ajeno; una conducta muy diferente debe corresponder á un dolor tan diferente también por sí mismo.

En orden á aquellas cuyo dolor es á la vez tan dulce y consolador como profundo, es útil recomendarles que reciban estas divinas caricias con una humilde confusión, como un culpable de lesa-magestad que se viera colmado de favores por su soberano, en lugar de ser castigado según sus méritos. ¿Qué, decía Santa Teresa, en medio de los consuelos espirituales de que gozaba; qué, Dios mío, olvidais tan pronto mis faltas? ¡pagais las ofensas que os he hecho, con las más puras delicias! ¡Ah! no permitais que una alma llena ya de vuestros bienes, pierda nunca de vista lo que ha sido, y lo que todavía es por sí misma.

cuya ropa de inocencia ha sido lavada en el baño de la penitencia, y purificada en la sangre de su Hijo.

La maestra no debe ni admirarse ni asus-

La maestra sugerirá semejantes sentimientos á esta clase de penitentes. Que sintiendo en su compuncion dulzuras reservadas á las almas queridas, entren al momento en su interior y se juzguen indignas de tanto beneficio; que tengan alguna repugnancia en gustarle, y que sin embargo dén gracias al Señor y se anonaden al mismo tiempo en su divina presencia. No conviene, en efecto, querer desde luego tratar familiarmente con Dios, despues de haber vivido en el pecado, ó bien despues de haber cometido alguna falta considerable. Es bueno humillar de vez en cuando á esta clase de personas, recordándoles sus faltas pasadas, por temor de que se dejen sorprender por el orgullo; pero es menester usar mucha precaucion en los principios, no sea que intentando cerrar toda entrada al espíritu del orgullo, se abra la puerta á la desconfianza y á los escrúpulos.

Para aquellas cuyo dolor no es mas que un cáliz de amargura, la maestra debe recomendarles que no fijen de tal manera sus pensamientos sobre la profundidad de sus llagas, sin detenerlas tambien de cuando en cuando sobre la profundidad y estension de la misericordia divina: por una parte, se humillarán

pues de que hayan vuelto á Dios, les dará todos los preservativos posibles contra la recaída; estos preservativos son, velar mas sobre sus sentidos, ser mas atenta á sus movimien-

y avergonzarán á la vista de su miseria, y por la otra, conservarán siempre la confianza en Dios y no se desalentarán. En esto consiste la fuerza del hombre cristiano, dice Santo Tomás.

La maestra dará el mismo consejo á otras dos clases de personas. Las primeras son unos espíritus melancólicos cuyo aliento no podria animar lo suficiente. Como solo se alimentan de ideas tristes y fastidiosas, el peso del temperamento pudiera al fin arrastrarlos á la desesperacion.

Las segundas son las que despues de haber caminado largo tiempo por la senda de la virtud, vienen á dar terribles caidas en castigo de algun orgullo secreto, y por una permission de la Providencia, cuyas miras son siempre ventajosas. En esta circunstancia mas que nunca ha de recurrir la maestra á los motivos de la confianza en Dios.

Desgraciada la alma dirigida por una maestra imprudente, que temblara al momento y se asustara con su caída; que lejos de colocar gustosa sobre sus hombros á esta oveja descarriada, la maltratase, y llena de cólera la hiciese volver al aprisco; *seria esto*, usando de la comparacion del salmista, *car-*

cuya ropa de inocencia ha sido lavada en el baño de la penitencia, y purificada en la sangre de su Hijo.

La maestra no debe ni admirarse ni asus-

gar una pared del lado que ya se inclina, y apresurar su ruina lejos de repararla. Al momento, pues, en que esta persona justa que se ha vuelto pecadora, confía á su maestra su infidelidad, ésta debe escucharla tranquilamente y guardarse de intimidarla; debe consolarla en su desgracia, y prometerle que pronto se levantará con un nuevo aumento de méritos. *Todas las cosas, dice el Espíritu Santo, concurren á beneficio de los que aman á Dios;* hasta los pecados contribuyen, dicen los santos doctores, porque la gracia sabe extraer del veneno un antídoto saludable.

Entretanto, la maestra observará tres cosas respecto de las personas que tienen la desgracia de dar alguna caída.

En primer lugar, les inspirará una grande humildad, supuesto que el Señor no acostumbra ser severo sino con los soberbios, y que la causa ordinaria de nuestras faltas es la secreta estimacion de nosotros mismos.

En segundo lugar, les hará sacar de su misma caída un aumento de confianza en la bondad de Dios, mostrándoles cuán queridas son todavía, y buscándolas aun despues de haberle abandonado tan cobardemente.

En tercer lugar, á fin de afirmarlas des-

pues de que hayan vuelto á Dios, les dará todos los preservativos posibles contra la recaída; estos preservativos son, velar mas sobre sus sentidos, ser mas atenta á sus movimientos interiores, y sobre todo, fortificar en el corazon el lado débil, por donde han sido sorprendidas, atacadas y vencidas.

2.º Las personas que no han conservado la inocencia, y que no tienen mas que un dolor débil y ligero de sus faltas pasadas. Es necesario tambien dividir esta clase de personas en dos géneros: las unas no tienen un dolor mediano sino en la apariencia, y las otras le tienen mediano en efecto.

Unas le tienen mediano en la apariencia. Hay personas que naturalmente casi no podrian verter lágrimas ó dar otras señales sensibles de dolor aunque le padezcan. La maestra haria muy mal en juzgar del corazon por los ojos, imaginándose que el dolor falta porque no estalla en el exterior. El dolor verdadero está en el interior y no en los sentidos, y el que lo ecsige sensible está en un error. La maestra se limitará, pues, á juzgar de un verdadero dolor por la vergüenza real que sus hijas tengan de sus debilidades, por el horror sincero que concebirán á la

crúpulos, por lo comun no es muy largo: Dios no continúa probando de este modo á sus siervos, cuando los ve perfectamente su-

vista del Dios de bondad que han ofendido; por la firme resolucion que tendrán de no caer ya, con el socorro de la gracia; por las felices disposiciones que observe en ellas para servirle con mas ardor, fidelidad y esactitud que antes.

Pero hay otras personas que tienen un dolor muy escaso de sus debilidades pasadas, que les causan éstas muy poca pena, y ni piensan en repararlas como si nunca las hubieran tenido.

La maestra debe ecshortar á tales personas á una humildad profunda y facilitarles su práctica; á la compuncion del corazon, al reconocimiento hácia Dios, á la mortificacion interior y exterior, á la desconfianza de sí mismas, á una vigilancia asidua sobre la pasion que ha sido el principio de sus caidas pasadas, y prescribirlas las prácticas á que deben recurrir, á fin de tenerlas bajo el yugo y triunfar de los nuevos asaltos que pueda darles en lo sucesivo, porque es muy raro que tarde ó temprano no intente el espíritu de tinieblas despertar la pasion que una vez nos ha vencido.

son todavía, y buscándolas aun despues de haberle abandonado tan cobardemente.

En tercer lugar, á fin de afirmarlas des-

ARTICULO QUINTO.

Cómo debe conducirse la maestra respecto de las novicias que están agitadas de escrúpulos.

Los escrúpulos, dice Pinamonti, son muy nocivos por lo comun á los ejercicios de piedad, y abaten á veces el alma hasta precipitarla en la desesperacion. Esta enfermedad del espíritu es mas difícil de curar que de conocer. No se ignora que el escrúpulo es una vana timidez, un temor vulgar de que sea pecado lo que no lo es. Tambien se conocen los síntomas de este mal, que se reducen á cuatro principales: 1.º Cambiar sin cesar de opinion sobre la mas ligera apariencia, juzgando, ya ilícito, ya permitido, lo que se va á hacer ó lo que se ha hecho: 2.º hacer reflexiones extravagantes sobre las mas pequeñas circunstancias de nuestras acciones: 3.º obrar con yo no sé qué turbacion que quita la atencion é incomoda á la libertad: 4.º manifestar mucho apego á nuestra propia opinion, sin atender á razon alguna, y despues de haber consultado á muchas personas, no atenerse por último sino á sí mismo. En estos rasgos se debe conocer sin dificultad el

crúpulos, por lo comun no es muy largo: Dios no continúa probando de este modo á sus siervos, cuando los ve perfectamente su-

alma escrupulosa. Mas ¿quién osará jactarse de haber sanado muchas personas atacadas de este mal? Sin embargo, no es ni incurable ni igualmente dudoso en todas. La maestra debe conocer bien las variedades que ofrece en su principio y su naturaleza, y los diversos remedios que conviene aplicarle.

Se distinguen tres clases de escrúpulos: unos nos vienen de Dios, que permite que suframos esta prueba; los otros vienen de nuestro propio fondo; los últimos, en fin, vienen del espíritu de tinieblas.

1.º Puede decirse con verdad: hay escrúpulos que nos vienen de Dios, no porque Dios sea el autor de nuestras ilusiones, sino porque no nos da la luz necesaria para disiparlas; porque así como la ausencia del sol impide á nuestros ojos carnales, percibir los objetos corpóreos, la ausencia de la luz celestial impide también á los ojos de nuestra alma percibir las verdades espirituales y juzgarlas sanamente: Dios castiga, pues, ciertas almas, permitiendo que sean entregadas á una infinidad de escrúpulos, y deja suceder á su atrevimiento pasado, un cierto temor excesivo, como parecen decirnoslo los libros santos: *Si alguno de vosotros permanece en el país de*

son todavía, y buscándolas aun despues de haberle abandonado tan cobardemente.

En tercer lugar, á fin de afirmarlas des-

fiesto un pecado; que con este socorro no tema estraviarse, y sin él, todos los otros que pueda imaginar serán inútiles; que todos los santos no han conocido camino mas corto na-

vuestros enemigos, yo llenaré el corazon de aquellos de espanto; el ruido de una hoja agitada por el viento les hará temblar; huirán como si viesen una espada, y caerán sin que nadie los persiga.

La maestra conocerá esta especie de escrúpulos en los motivos que les hacen nacer, en los efectos que producen, y en el tiempo que duran.

El temor de desagradar á Dios es comunmente el motivo que inquieta á las personas atacadas de estos escrúpulos. Bien que este temor pasa de los límites, parte, sin embargo, de un buen principio que en el fondo es la caridad.

Los efectos de dichos escrúpulos, son un horror mas sensible del pecado, una huida mas empeñosa de las ocasiones, y una reforma siempre mas esacta de la vida pasada. Es justo, en efecto, que la que ha vivido en la esclavitud del pecado, y se ve libre de él, huya con todo el cuidado imaginable del peligro que podria hacerla recaer.

En cuanto al tiempo que duran tales escrúpulos, por lo comun no es muy largo: Dios no continúa probando de este modo á sus siervos, cuando los ve perfectamente su-

alma escrupulosa. Mas ¿quién osará jactarse de haber sanado muchas personas atacadas de este mal? Sin embargo, no es ni incurable ni igualmente dudoso en todas. La

misos. Leemos de muchos santos que fueron atormentados de una manera semejante al principio de su conversion. Las pruebas los purificaron, como la agitacion del mar le purga de sus inmundicias. Despues de haberlos así purificado, cesó en ellos la tempestad y reinó la paz. Estos escrúpulos son muy penosos para la que los padece; pero le son útiles, son menos dificiles de curar.

2.º Otros escrúpulos nacen de nuestro propio fondo; estos son ordinariamente mas tenaces y de mas difícil curacion. Ciertos espíritus se los inventan de propósito, y parece tienen empeño en atormentarse con ellos. Pero si la ignorancia ó una demasiada inquietud están unidas á esta disposicion natural, no se podria decir cuánto aumenta el mal y perjudica al alma. Llega uno hasta el extremo de abandonar todos sus ejercicios piadosos, de hacerse incapaz de cualquiera cosa, y de perder casi el buen sentido. Un poco de empeño en el espíritu puede servir para despertar las almas tibias; pero si este empeño no es grande, no hay término medio, lejos de estar apto para obrar, casi ya no se puede vivir. Estos escrúpulos son un embarazo que detiene la accion del alma, como

fiesto un pecado; que con este socorro no tema estraviarse, y sin él, todos los otros que pueda imaginar serán inútiles; que todos los santos no han conocido camino mas corto na-

las tinieblas de Egipto impedian los movimientos del cuerpo: *En tanto que estas tinieblas duraron, nadie, dice la Escritura, se movió del lugar en que estaba;* y en tanto que dure la perplejidad de que hablamos, el alma permanece en algun modo inmóvil. Las personas escrupulosas de temperamento, se hacen conocer por la profunda melancolía que las domina, por su timidez en todas las cosas, y por su vana sutileza de espíritu, que razona sobre todo.

3.º La tercera especie de escrúpulo es obra del demonio, que observa cuanto está en su poder el estado de la conciencia; que ecsamina si es ámplia ó estrecha, á fin de atacar al alma por su lado débil, y sorprenderla de improviso. Dos clases de personas están al abrigo de estos escrúpulos: los grandes pecadores y los grandes santos, la caridad perfecta sobrepuja al temor; y en los grandes pecadores, la malicia es mas poderosa que el temor.

Los efectos que producen estos escrúpulos, son: 1.º resfriar siempre al hombre en el bien, representándole sus males como incurables, y conduciéndole por último á la desesperacion; 2.º hacerle caer en una estraña con-

alma escrupulosa. Mas ¿quién osará jactarse de haber sanado muchas personas atacadas de este mal? Sin embargo, no es ni increíble ni igualmente dudoso en todas. La

tradiccion consigo mismo, pues vemos á esta clase de personas privarse severamente de ciertas cosas, y concederse con facilidad otras muchas. Semejantes á aquellos Fariseos que por principio de conciencia no querian entrar en la casa de Pilato, y que no tenian escrúpulo en solicitar la muerte de un hombre que sabian era inocente.

La oracion y la obediencia, segun el sentir de todos los padres de la vida espiritual, son los dos remedios mas seguros para curar toda suerte de escrúpulos. En la oracion, el alma agitada implorará con confianza el auxilio de Dios, con humildad y perseverancia, y le obtendrá seguramente, si añade á la oracion una obediencia ciega á las personas que ocupan, para ella, el lugar de Dios sobre la tierra.

La maestra debe, pues, hacer comprender bien al alma escrupulosa, que su salud depende de la sumision de su voluntad á la de su director y de las superiores que la gobiernan: que su verdadera felicidad consiste en seguir la voluntad divina, y no hay regla mas segura para saber si lo hace, que obedecer á las que hablen en nombre del Señor, y obedecerles en todo lo que no es de un modo mani-

fiesto un pecado; que con este socorro no tema estraviarse, y sin él, todos los otros que pueda imaginar serán inútiles; que todos los santos no han conocido camino mas corto para llegar al cielo, que el de la obediencia, y se fiaban mejor en la opinion de sus superiores y directores, que en las luces mismas que creian ciertamente venir del cielo.

Si la maestra puede convencer de estas verdades á las escrupulosas, y persuadirles que el alma obediente se asegura del triunfo, habrá dado un gran paso hácia su curacion. Pero para lograrlo es preciso que manifieste una grande seguridad, porque por poco que vacile, ó hable con un aire tímido, embarazado, irresoluto, aumentará mas el temor de los escrúpulos, lejos de reanimar su valor.

Como las personas escrupulosas vuelven casi siempre al punto de la integridad de la confesion, la maestra les prescribirá rigurosamente que se contenten con las decisiones de su director, respecto al tiempo que deben consagrar al ecsámen de la conciencia, y á los puntos que deben ceñirse en el estudio de sus faltas, en orden á las faltas olvidadas

causar su perdon, sino cuando se le conceda la sinceridad de su corazon, es decir, con franqueza y sin rodeo. De aquí nacen muchos sacrilegios.

y á las que no creen haber analizado lo bastante etc.

La maestra ordenará á las escrupulosas que huyan de la ociosidad, la soledad afectada, y el comercio de aquellas que estén atacadas del mismo mal. Todo esto contribuye á producir turbaciones, manteniendo al espíritu en su incertidumbre, y confirmándole en su obstinacion. Ocupándose siempre, ya de una manera, ya de otra, se distrae uno de los objetos que inquietan, se quitan al enemigo de nuestro reposo las ocasiones de turbarnos con tristes fantasmas y derramar en nosotros las tinieblas de que es padre.

La maestra acechará el momento en que el alma escrupulosa le parezca en un estado mas tranquilo, para representarle con bondad y firmeza el daño que se hace por sus injustos temores y sus inquietudes infundadas. ¡Ay! ¿qué sucede á la virtud en medio de estas agitaciones del espíritu? Lo que sucede al buen grano en medio de las espinas, que no dejan de dañarle. Ante todas cosas, la esperanza cristiana se va destruyendo poco á poco: temiendo siempre el alma escrupulosa, aunque no haya que temer, cae por sus terrores insensatos, en un estado semejante al de

segura para saber si lo hace, que obedecer á las que hablen en nombre del Señor, y obedecerles en todo lo que no es de un modo mani-

los Israelitas asustados y desanimados, por la relacion ecsagerada de sus tímidos espías: *¡Que el Señor no os haga entrar en esta tierra!* En efecto, no pudiendo sufrir por mucho tiempo la naturaleza una situacion que la importuna demasiado, busca bien pronto por donde estenderse, suceda lo que sucediere, y pasa de la estremidad del escrúpulo al esceso de la relajacion y al abandono de la virtud; ó al menos, si no llega á tal esceso, no sirviendo jamas sino con el temor de los esclavos al Dios que quiere ser servido con paz, confianza y amor.

ARTICULO SESTO.

Cómo debe conducirse la maestra con sus hijas que tienen inquietudes sobre las confesiones que han hecho en el mundo.

Al director pertenece infaliblemente pronunciar sobre la oportunidad de la confesion general, pues que él solo tiene derecho de sondear toda la profundidad de las conciencias, y porque él solo tambien, hablando en general, conoce todos los secretos de ellas. Sin embargo, las novicias confian á menudo á su maestra las inquietudes que les atormentan:

caer su persona, sino *caer en la sinceridad de su corazon*, es decir, con franqueza y sin rodeo. De aquí nacen muchos sacrilegios.